



Rousseau en Iturrigorri

Empecemos por filosofías; es un medio como otro cualquiera de ahuyentar lectores, es decir, de seleccionarlos.

Digo, pues, que al hombre le gusta la variación, pero dentro de cierta uniformidad, la variación sujeta á leyes. Un suceso completamente imprevisto, que se salga de todas nuestras más complejas previsiones, nos inquieta y llega hasta á aterrarnos, no por sí mismo, sino por lo que anticipa. «Y ahora, una vez rota la cuerda de la ley, ¿qué vendrá?» parece preguntarnos uno. Cierta persona que se encontró en un terremoto me decía que lo terrible no era la idea de los daños que pudiera haber causado el ya pasado temblor de tierra sino la expectativa del próximo.

Hasta en la variación queremos orden; nos gusta lo extraordinario pero ordenado.

A tal sentimiento responden muy bien las fiestas, ya religiosas, ya profanas, que se reproducen cada año. El hecho de no celebrarse sino una vez cada año le da á una fiesta cierto carácter de extraordinariedad, así como el celebrarse todos los años la hace entrar en lo ordinario. Y hay fiestas, como las móviles, á las que presta un singular encanto lo de no saberse en qué fecha habrán de coincidir.

Este sentimiento de la variación uniformada en nadie es más fuerte que en los niños.

¿Con qué ansia se esperan durante la niñez las fiestas que son como hitos del año; las Candelas, Carnaval, Semana Santa, Corpus, San Juan con sus hogueras, los Difuntos, Navidad! ¡Qué placer tan íntimo es el placer de la repetición, antegusto y símbolo de la eternidad!

Y ahora, después de estas filosofías tan sencillitas, tan poco paradójicas, tan *chochalescas*, en fin, vengamos á la historia.

Entre los aniversarios famosos que con más ansiedad esperábamos de niños estaba el de las corridas de agosto, el domingo siguiente á San Joaquín, con su cortejo de «fiestas y regocijos» como rezaba el cartel de anuncio. Para los mayores era una de las más graves ocupaciones la de organizar tales fiestas y sé de más de uno que si anheló le nombraran concejal era para pertenecer á la comisión de festejos. ¡Es tan tentador esto de organizar el regocijo popular!

Había quien esperaba por fiestas al consabido forastero y nunca olvidaré de aquél mi compañero de escuela que al acercarse corridas exclamaba alborozado: en estos días en mi casa se ponen dos principios y hay café!

Nuestro regocijo infantil empezaba desde el día mismo, día litúrgicamente señalado, en que aparecía el cartel anunciador de las corridas. Y qué carteles aquellos de antaño, de cuando era yo un chico, aquellos carteles de Bringas en que aparecía Don Miguel Castañiza en la barrera! Eran unos carteles familiares, caseros, como las corridas mismas.

El encanto de aquellas fiestas modestas, recogidas, con sus cucañas, sus regatas en la ría y sus gigantes y cabezudos, los antiguos, no los de ahora!

Los que no íbamos á la corrida—eso no es para niños—acudíamos al Arenal ó al puente á ver pasar los toros y los caballos muertos, y luego á asistir á la vuelta del público. ¡Qué interesante el señor que vuelve satisfecho con su banderilla toda ensangrentada!

Tengo una idea borrosa, muy borrosa, de la primera

corrida que ví en la antigua plaza de toros la que estaba en la actual calle de Hurtado de Amézaga. Tan borrosa que solo recuerdo el hecho.

Porque el caso fué que apenas empecé á bandearme por mí mismo, no bien entré en la edad del pavo, di en despreciar las corridas y las fiestas todas. Soplaban por entonces, hacia 1880, entre algunos de nosotros, los mocitos de aquél Bilbao recién salido de la guerra, un romántico soplo de anti-urbanismo y hasta de desprecio á los refinamientos de la civilización (!!!) Había un apóstol del rousseauianismo que predicaba el odio á las ciudades y se subía, calzado de abarcas, por Iturrigorri arriba. Otro pobre amigo mio, muerto después en América, se subía á Archanda á recibir allí la descripción que de los Alpes hizo el mismo Rousseau.

Y de aquí resultaba que éramos muy pocos los que despreciando las corridas, los festejos y los regocijos, y despreciando á los festivos y regocijados, nos subíamos á uno de los dos San Roques, el de Bizcaya ó el de Francia, á empaparnos en luz y en aire y á compadecernos á los pobrecitos que vociferaban en la plaza de toros. ¡Cuántas veces no se me inundó el corazón de piedad para con estos desgraciados contemplando la plaza, y hasta oyendo su algazara desde el alto de Arraiz ó el de Pagasarri!

Conserro todavía expansiones escritas de mi romántico anti-urbanismo de aquellos años paradisíacos á la vez que melancólicos. En una de esas expansiones me encuentro culpando á las corridas de toros de buena parte de lo que se me antojaba por entonces degeneración de la «noble y secular raza de Aitor»—esto es de mi estilo de hace más de veinticinco años—y maldiciendo á la serpiente negra que silbando, lanzando humo y arrastrando sus anillos se había deslizado en nuestras montañas, perforándolas, para tracrnos toda la pestilencia de los pueblos que no piensan sino en divertirse. Huyendo de diversiones, incompatibles á mi juicio de entonces con el luto que en su corazón debía llevar la Euskalerría por la nefanda ley de Julio de 1876, me refugiaba en los días de las fiestas de Agosto en rincones de nuestras montañas, en busca del euskalduna no contaminado por la alegría de los intrusos.

¡Qué profundo desdeñ experimentaba yo por aquellos tiempos hacia las personas regocijadas y divertidas! Desdeñ de que me curaron los años y la gimnasia.

La gimnasia, sí, que me hizo fuerte. Porque ahora comprendo que aquel luto que llevaba en mi corazón juvenil por las aficciones y desgracias de mi madre Euskalerría estaba muy íntimamente relacionado con la estrechez y angustia de la caja de mi pecho de entonces y con el escaso agnante que tenía para la fatiga física. Así que ensanché mi pecho y retemplé mis músculos y mis nervios, se me fué desvaneciendo la compasión hacia los que sabían y podían divertirse.

¡Con qué íntimo y recogido delcete recuerdo hoy aquellos años de plácida melancolía en que vivía mi espíritu entre las sombras nebulosas—sombras de nubes—de Aitor, Lekobide y Lelo! Llegné hasta sentirme Lelo yo mismo.

Más adelante, cuando los años y la gimnasia me curaron del desprecio á la civilización urbana, tampoco compartía el regocijo oficial durante las fiestas de Agosto; en tales días salía de Bilbao, pero no ya para compadecer desde las cimas de los montes que le ciñen á los que se permitían divertirse, sino para ir á Gernika, á ver á la novia, lo cual es muy diferente.

Y hoy sigue no gustándome la semana de las corridas de mi pueblo, pero es porque en ella me cuesta más que nunca reconocer al pueblo que guarda el caudal de mis más preciosos recuerdos. Y luego ¡son tantos los desengaños! Tanto que me conmovía hace veinticinco años, me deja impasible cuando ahora lo reproducen...

¡Oh, mis ascensiones á Archanda, á Arraiz ó á Arnótegui en aquellos días de corridas, en busca del soplo de Aitor, que parecía venir desde las peñas que coronan al gigante Gorbea! Abajo vociferaban los taurófilos y arriba, en las nubes del cielo, callaban los héroes místicos de nuestra leyenda literaria.

Desde que talaron las magnolias de la Plaza Nueva y quitaron aquellas ranas de hierro que vomitaban agua al estanque, mi Bilbao se me está recogiendo en el rincón del corazón.